

LA TEORÍA DEL VALOR Y EL OBRERO CHINO

Réplica a Geoff Mann

Geoff Mann plantea algunos temas decisivos en su comentario, y a pesar de su generosa descripción de mi razonamiento en «La crisis de las hipotecas *subprime*», en realidad lo malinterpreta en algunos puntos importantes¹. En primer lugar estoy de acuerdo con él en que la teoría del valor, adecuadamente entendida, proporciona un marco conceptual esencial para analizar la crisis, y en segundo lugar, contrariamente a lo que sugiere, no creo que la regulación por sí sola tenga ninguna esperanza de proporcionar una solución. Aunque las medidas a las que hacía referencia brevemente en los últimos párrafos de mi artículo estaban lejos de ser plenamente socialistas, tampoco estaban simplemente encaminadas a rescatar al capitalismo. Prefiero situarlas en el marco de las medidas de transición que afrontan de manera efectiva la profunda crisis: reavivar el crédito mediante acciones específicas de expropiación, que beneficiarían a nuevas instituciones colectivas y democráticas en forma de una red de fondos sociales. En sí misma semejante red no suprime el capitalismo, sin embargo se dirige a utilizar las formas de propiedad capitalista para trascenderlas y socializar el capital.

Mi razonamiento estaba situado en el contexto de los incisivos análisis de la burbuja económica en los desequilibrios globales, publicados en estas páginas (y en sus recientes libros) por Robert Brenner, Andrew Glyn y Giovanni Arrighi. Esta obra dialógica, con sus acuerdos y diferencias, aborda directamente la coyuntura económica mundial pero, aunque tenga una inspiración claramente *marxisant*, no está desarrollada en términos de la teoría del valor. De cualquier forma no es difícil sugerir maneras en las que el valor proporciona un andamiaje para sus argumentos. También he encontrado muy útiles, para entender la extraordinaria crisis a la que nos enfrentamos ahora, las elaboraciones conceptuales del valor ofrecidas por

¹ Véase Geoff Mann, «Colletti y el crack crediticio», publicado en este mismo número, en el que responde al artículo de Robin Blackburn, «The Subprime Crisis», *NLR* 50 (marzo-abril de 2008) [ed. cast.: R. Blackburn, «La crisis de las hipotecas *subprime*», *NLR* 50 (mayo-junio 2008)]. Para más detalles sobre estas medidas véase R. Blackburn, *Age Shock*, Londres 2007 [de próxima publicación en «Cuestiones de antagonismo», Akall, y *NLR* 34, 47.

Kojin Karatani y Slavoj Žižek, y del «capital ficticio» por David Harvey². Karatani y Žižek nos han recordado que el valor de las mercancías está determinado en última instancia por la cantidad de tiempo de trabajo «socialmente necesario» que incorporan. Žižek insiste en que constantemente deberíamos tener presente la determinación del valor por la doble óptica de la producción y del consumo, lo que llama la «perspectiva *parallax*». Tal como lo entiendo, están resaltando la simple pero decisiva cuestión de que el tiempo de trabajo empleado en un producto no se valora como «socialmente útil» hasta que se produce una venta. Karatani ha dejado muy claro que esto requiere que no nos imaginemos la «cuestión de la producción» como un reino autosuficiente. También subraya que la explotación necesita su tiempo, y que algunos capitalistas buscan anticipar sus resultados. Por ello, la inversión capitalista tiene necesariamente un carácter «ficticio», enraizada en esperanzas y anticipaciones hasta el momento en el que realmente se realiza el plusvalor y las nuevas mercancías, resultado de la inversión, son vendidas. El valor de las acciones no es otra cosa en sí mismo que el valor descontado en el presente de beneficios futuros. Aunque la psicología de los capitalistas puede crear visiones de beneficios en los escenarios más imperfectos e improbables, al final se encontrarán desprotegidos si no pueden generar el artículo real. La gran falta de uniformidad, las desigualdades e incertidumbres que resultan de la acumulación capitalista serán las que pinchen la burbuja, y la crisis resultante produce una destrucción del valor ficticio que, si se le permite seguir adelante, puede abrir el camino para una nueva secuencia.

Ciertamente, la actual crisis ha representado como nunca el que las enormes desigualdades generadas por el capitalismo acabarán fatalmente por sabotear el proceso de acumulación. Realmente si nos permitimos un saludable «pensamiento toscó» (el *plumpes Denken* de Brecht) vemos que la causa primera de la crisis era muy simple: la pobreza. Si los productores directos chinos hubieran estado mejor pagados hubieran facilitado un mercado más amplio y en aumento que hubiera beneficiado a los socios comerciales de la RPCh. Mientras que en «La crisis de las hipotecas *subprime*» hacía una breve referencia a esto, el razonamiento lo desarrolla de manera efectiva Graham Turner en *The Credit Crunch*³. El autor no hace ninguna referencia a la teoría del valor de Marx, pero no hace falta mucha elaboración para considerar su razonamiento y sus pruebas como relacionadas con la superexplotación y la dificultad final para realizar el plusvalor.

Aunque el paso desde la «crisis de las *subprime*» a la «contracción del crédito» generalizada ha supuesto muchos procesos especulativos, la mejor manera de resolver la crisis sería empezar con medidas que afronten la pobre-

² Véase el excelente artículo de Slavoj Žižek, «The Parallax View», *NLR* 25 (enero-febrero de 2004) [ed. cast.: S. Žižek «La perspectiva *parallax*», *NLR* 25 (marzo-abril de 2004)] que en gran parte es una amplia revisión de *Transcritique* de Karatani.

³ Graham Turner, *The Credit Crunch*, Londres 2008, p. x.

za que genera la falta de pago y los desequilibrios. El Tesoro de Estados Unidos y la Reserva Federal han acarreado miles de millones de dólares para el asolado sistema financiero con bastantes pocos resultados. Si este dinero, o una buena parte de él, se hubiera utilizado inicialmente para ayudar a que los acreedores hipotecarios *subprime* pagaran sus hipotecas –un «rescate desde abajo»– el resultado habría sido espectacular. Los agentes hipotecarios y los bancos hubieran vuelto a la actividad y los nuevos propietarios de viviendas hubieran estado más dispuestos a gastar. El precio de la vivienda se hubiera estabilizado, aunque fuera a un nivel más bajo, y la tarea de establecer un mecanismo de descubrimiento de precios para activos respaldados por títulos se hubiera visto facilitada. Igualmente, si los trabajadores chinos y los pequeños productores hubieran estado mejor recompensados, un mercado interior en auge hubiera ayudado a levantar la economía global. Su capacidad para ejercer los derechos civiles de asociación y de organización del trabajo hubiera contribuido a promover esa mejor remuneración.

Ficciones y futuros

Si para entender el valor se requiere una «perspectiva *parallax*», lo mismo sucede con el «capital ficticio» que Marx y –siguiendo a Marx– David Harvey han considerado como un componente decisivo del proceso de acumulación⁴. Ese «capital ficticio» puede ser bastante irreal en un momento dado, pero eso no significa que sea completamente falso. El capitalista que realiza una inversión está asignando derechos reales sobre los recursos –sus propios derechos o los de aquéllos que lo respaldan– pero su juicio no será validado hasta que la inversión resulte en la creación de un negocio viable y floreciente. En ningún momento ha estado esto tan claro como en la actualidad. Las columnas de la prensa financiera están repletas de comentaristas que afirman que el «modelo empresarial» de tal y cual industria está «roto»; la industria del automóvil, la siderurgia, las líneas aéreas, los periódicos, las editoriales, la industria discográfica y la banca de inversión entran dentro de esos comentarios. Además, la subcontratación de trabajos amenaza incluso a servicios como la contabilidad y las asesorías legales. Como señala Mann, no hay falta de capital, pero hay una falta de capitalistas preparados para emprender las inversiones necesariamente inciertas que harían de palanca para sacar a las principales economías del agujero en el que se han metido y que ellas mismas han excavado.

Antes de considerar medidas inmediatas que afronten la crisis, hay que decir algunas palabras más sobre el concepto de «ficticio». Las novelas son ficción, sin embargo sería absurdo negarlas cualquier verdad y suponer, como el comerciante de café en la maravillosa sátira de Eduard Douwes Dekker, que sus autores simplemente se dedican a embaucar a sus lectores⁵. Los

⁴ David Harvey, *The Limits to Capital*, Londres, 2006, especialmente el capítulo 9.

⁵ Multatuli, *Max Havelaar, or the Coffee Sales of the Netherlands Trading Company*, [Ámsterdam, 1860] Londres 1983.

populistas estadounidenses sospechaban radicalmente de los corredores de bolsa y de sus instrumentos financieros. Ayudaron a crear una investigación del Congreso sobre el comercio de futuros y de «productos agrícolas ficticios». Se insistía en que los corredores de bolsa de Chicago eran simplemente unos fraudes sofisticados; no eran granjeros, no tenían cerdos ni trigo. Eran simplemente unos parásitos especuladores. En 1905 se solicitó que el Tribunal Supremo de Estados Unidos legislara sobre si los contratos de futuros y los contratos de derivados eran inherentemente engañosos y fraudulentos. En su resolución sobre el tema, Oliver Wendell Holmes y sus colegas legitimaron la compra y la venta de futuros en la Bolsa de Chicago. Holmes estaba muy influenciado por el pensamiento de su amigo William Jones, que metafóricamente había situado esas consideraciones en el centro de su filosofía:

En general, la verdad habita en el sistema crediticio. Nuestros pensamientos y creencias «aprueban» en tanto que nada los desafía, igual que los pagarés aprueban en tanto que nadie los rechace. Pero todo esto apunta a una verificación cara a cara que se produce en algún lugar, sin la cual el tejido de la verdad colapsa como un sistema financiero sin ninguna contabilidad. Tú aceptas mi verificación de una teoría, yo acepto la tuya de otra. Comerciamos con las verdades de otros. Pero las creencias verificadas concretamente por alguien son los pilares de toda la superestructura⁶.

Holmes creía que la Bolsa de Chicago proporcionaba el escenario práctico necesario para verificar los contratos de futuro, cosa que no sucedía con las corredurías informales y no reguladas, las *bucket shops*. La decisión dio a la Bolsa de Chicago un monopolio pero exigía que ejerciera una disciplina adecuada sobre los corredores. Análogamente, en los últimos años el comercio no regulado de CDO por las «entidades bancarias en la sombra» corresponde con el resurgir de las *bucket shops*.

Una enmienda materialista a la perspectiva holmesiana/jamesiana insistiría en que la verificación no puede producirse por completo en las cabezas de los distintos tipos de agentes. En algún punto, el trigo o los cerdos deben aparecer y encontrar un comprador. Las transacciones de opciones y derivados son simplemente nuevas extensiones de la utilización de vales para denominar al valor: acciones, obligaciones y pagarés, todos se refieren a activos subyacentes y a procedimientos que establecen derechos sobre ellos. El propio papel dinero solamente tiene valor como parte de un sistema financiero más amplio, vinculado a los impuestos y a los recursos. Los mecanismos financieros no crean valor por sí mismos, pero si funcionan adecuadamente pueden impedir pérdidas o promover realizaciones.

⁶ William James, *Pragmatism: A New Name For Some Old Ways of Thinking*, Boston 1907, p. 30. El significado de este pasaje en el pensamiento de Holmes se explica en Jonathan Ira Levy, «Contemplating Delivery: Futures Trading and the Problem of Commodity Exchange in the United States, 1875-1905», *American Historical Review* CXI 2 (2006).

¿Un sistema crediticio de utilidad pública?

En la conclusión de mi artículo de 2008 señalaba unas cuantas medidas concretas que deberían tomarse para abordar la crisis, incluyendo la nacionalización de los bancos. ¿Cómo podrían considerarse en un marco transicional, que abriera la posibilidad de una transformación más amplia? La nacionalización fue una vez un lema de la izquierda, pero últimamente diversos expertos la han invocado como un medio de salvar, no de amenazar, al capitalismo. El gobierno británico fue llevado a aceptar la nacionalización de Northern Rock y más tarde de RBS y Lloyds TBS; sin embargo, en primera instancia, este nuevo estatus no trajo ningún beneficio para los clientes del banco. Realmente, en un intento de cancelar los masivos préstamos del gobierno, el «nacionalizado» Northern Rock se volvió más exigente con los titulares de hipotecas y pequeños negocios. Las posteriores nacionalizaciones de bancos nos han recordado que el simple hecho de figurar como propietario puede tener pocas consecuencias si las autoridades públicas carecen de la voluntad y de los medios para hacer algo con ello. Necesitarían tener nuevos criterios para otorgar préstamos y personal capaz de implantar esas políticas. También habría que señalar que lo que es «público» desde el punto de vista de un Estado-nación determinado es limitado, seccional y privado desde el punto de vista del mundo en su conjunto. Cuando una empresa estatal europea o china hace una inversión en otro país, ¿sigue siendo «pública»?

Mientras que en sí misma no es una panacea, la nacionalización de la banca debería verse como un peldaño hacia ese «sistema de financiación de utilidad pública» convincentemente avanzado por Peter Gowan en estas mismas páginas⁷. Como Gowan deja claro, incluso un sistema financiero de utilidad pública no es, en sí mismo, una receta para liquidar el capitalismo. Como señala, países capitalistas como Japón y Alemania tienen regímenes financieros claramente orientados a fines públicos. China también tiene elementos de un sistema financiero de utilidad pública, pero a menudo comprometido con excesivas e innecesarias concesiones al capital nativo y extranjero.

En general ha quedado claro que las corporaciones individuales, no importa lo grandes que sean, dependen profundamente de un contexto que solamente el Estado y las entidades públicas —regionales, nacionales y globales— pueden proteger y mantener. Los desesperados intentos de los bancos de inversión para salvarse a sí mismos mediante ventas de derivados de crédito, y la niebla y los espejos del «sistema bancario en la sombra», fueron recursos debidos al declive de su papel tradicional como sirvientes de las grandes corporaciones y como agentes que centralizan las propiedades de sus clientes. La contracción del crédito ha llevado a la de-

⁷ Peter Gowan, «Crisis in the Heartland» *NLR* 55 (enero-febrero 2009) [ed. cast.: «Crisis en el corazón del sistema» *NLR* 55 (marzo-abril de 2009)].

saparición de algunos, a la absorción de otros, a la nacionalización encubierta o descubierta y a la perpetuación de algunos como bancos zombies. Cualquiera sea el resultado de los planes para crear un «mal banco», queda el hecho de que la mayoría de ellos están ahora considerados como malos. Un sistema financiero de utilidad pública, por el contrario, podría cumplir dos funciones, proporcionar un ejemplo nuevo y poderoso para la inversión y el préstamo, y fomentar activos públicos, mejorando las prácticas de los mejores fondos soberanos de inversión y de los fondos de pensiones del sector público. Potencialmente, un sistema de financiación de utilidad pública podría construirse sobre una base supranacional y finalmente global.

Sin embargo, sospecho que Mann se inclinará por encontrar un sistema financiero nuevo de dominio público como algo muy inferior a la socialización de raíz que exigen las contradicciones del capitalismo. Evoca a los obreros en las barricadas y como ellos pueden representar una solución más radical. Podemos desechar la objeción de que no hay señales de semejantes barricadas. Yo no descartaría semejantes levantamientos antes de que la crisis acabe, quizá Atenas o Bolivia proporcionarían el antecedente mientras que el gobierno favorable al libre mercado de Islandia ha sido el primero en caer. Pero dando por sentado que un gobierno anticapitalista serio se hubiera establecido, ¿qué haría para reavivar la economía y poner bajo control social el proceso de acumulación? La financiación pública y las extensiones selectivas de la propiedad y gestión pública o popular serán una parte, pero ahora sabemos con seguridad que en ausencia de una «mente universal» que pudiera dibujar un plan minucioso hasta el último detalle, una economía planificada no produciría los resultados deseados. Los precios y el dinero puede que sean innecesarios en algún tiempo futuro, pero actualmente son instrumentos a través de los cuales el poder público puede regular y controlar⁸. También puede haber un papel para monedas locales («Sistemas Locales de Intercambio Comercial»), del tipo de los acuerdos de trueque directo recientemente tratados por Emir Sader⁹. Pero el proceso de acumulación capitalista debe ser examinado y controlado –y finalmente socializado– también a nivel macro.

Realmente ha llegado el tiempo de prever otros tipos de economía socialista, que personifiquen lo que Diane Elson describió en estas mismas páginas como una «socialización del mercado»¹⁰. Las medidas que señalaba brevemente en «La crisis de las hipotecas *subprime*» iban más allá de la re-

⁸ Esta fue una de las conclusiones que sacaba del «debate del cálculo» y de la experiencia soviética en mi artículo «Fin de Siècle: Socialism After the Crash» *NLR* 1/185 (enero-febrero 1991).

⁹ Emir Sader, «The Weakest Link? Neoliberalism in Latin America» *NLR* 52 (julio-agosto de 2008) [ed. cast.: «¿El eslabón más débil? El neoliberalismo en América Latina» *NLR* 52 (septiembre-octubre de 2008)].

¹⁰ Diane Elson, «Market Socialism or Socialization of the Market?» *NLR* 1/172 (noviembre-diciembre de 1988).

gulación y de la nacionalización, de una manera específica que Mann, o bien no percibe o más probablemente, considera como especialmente dudosa; a saber, utilizar levas sobre las acciones de las corporaciones para establecer unos fondos sociales al estilo de las propuestas de Meidner. Si se exigiese a todas las empresas que entregaran acciones, proporcionadas a los beneficios, a una red de fondos sociales, y si esa red estuviera vinculada a la representación de comunidades locales y a la responsabilidad frente a ellas, se crearía otro nivel útil de experiencia colectivista, así como unos derechos y títulos tangibles de propiedad colectiva sobre los flujos de ingresos. En la medida en que un fondo social posee acciones en una empresa capitalista ello le implicaría en el funcionamiento de la economía capitalista; la adopción de criterios de inversión «socialmente responsables» no cambiaría esto. Pero aún así, semejantes fondos podrían dirigir esas acciones hacia los derechos laborales, salvaguardas ecológicas, remuneración para ejecutivos, etc. Presionar sobre estos temas ayudaría a crear un cuadro de especialistas capaces de ofrecer la «regulación desde abajo». Incluso se los puede concebir como embriones de un poder financiero dual. Espero que quede claro en el breve esquema que estoy sugiriendo simplemente un elemento de un conjunto y que mucho depende de que haya un público amplio que comprenda lo que está en juego y esté preparado para actuar. Solamente presionando en los límites del capitalismo, y adquiriendo nuevas experiencias y habilidades con ello, los movimientos progresistas pueden tener la esperanza de avanzar más allá de él.

En el contexto de la crisis actual, el apuntalar las grandes corporaciones como GM y GE y las asombrosas sumas prodigadas sobre otras instituciones financieras, establece ahora un importante argumento a favor de entidades públicas que reciben la cuota de propiedad en ellas. Las participaciones de bancos públicos y gobiernos regionales en grandes compañías alemanas representan un aspecto de semejante modelo, que demuestra ser totalmente compatible con la innovación y la empresa colectiva. El Fondo Estatal Noruego de Pensiones y algunos de los fondos de pensiones del sector público en Estados Unidos y Gran Bretaña son ejemplos de entidades que pueden ser capaces de funcionar con un régimen financiero de utilidad pública para poner freno a los excesos de las corporaciones, redirigir los recursos hacia fines útiles, promover objetivos de igualdad y construir la capacidad de vigilancia y administración popular de los asuntos financieros y corporativos.

Desde esta perspectiva, las medidas de estímulo económico adoptadas por Washington y Londres no están equivocadas en principio, pero si lo están en todo lo demás y eso explica la continua desconfianza popular. Deberían ser más ambiciosas, dirigirse más claramente a las prioridades sociales y estar financiadas por impuestos sobre las corporaciones y sobre los ricos, no por impuestos más elevados sobre el grueso de la población trabajadora. Las prioridades sociales podrían incluir la erradicación de la pobreza, la educación, la eficiencia energética, la asistencia sanitaria, la asistencia a los mayores, los sistemas de transportes colectivos, las guarderías

gratuitas y las tecnologías limpias, iniciativas todas ellas que tienen una reconocida trayectoria en generar empleos a largo plazo, a diferencia de la mayoría de los planes de construcción de carreteras. Los grotescos salvamentos de arriba abajo de los últimos dieciocho meses han construido un abrumador argumento a favor de que los bancos y corporaciones rescatadas deberían pasar a ser propiedad pública. Pero esto no debería significar que nos quedemos simplemente con un gran banco de propiedad pública a cargo de toda la economía nacional o global. Un régimen financiero de control público debería tener un reconocido carácter democrático y regional, así como determinadas limitaciones, normas y objetivos nacionales y globales. Como alguien dijo alguna vez, el socialismo no es una práctica monista.